

Refranes músicos en Galdós

Autoría: Antonio Gallego Gallego

Afiliación: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes; exdirector de Actividades Culturales de la Fundación Juan March

TIPO	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Literatura y musicología	221-234	TDL-78-2022-221-234

RESUMEN DOCUMENTAL

Estudio de la presencia de refranes, expresiones y referencias musicales en la narrativa de Benito Pérez Galdós. El autor parte de la conocida afición musical del novelista y propone ampliar el análisis más allá de su actividad periodística y crítica, atendiendo a la música que oyen, cantan o interpretan sus personajes. El trabajo examina cómo la cultura musical popular y culta se integra en el lenguaje galdosiano y contribuye a la construcción de ambientes, personajes y situaciones.

PALABRAS CLAVE

Benito Pérez Galdós · música · refranes · literatura española · musicología · narrativa · siglo XIX

CITA BIBLIOGRÁFICA

Antonio Gallego Gallego. «Refranes músicos en Galdós». Torre de los Lujanes, n.º 78, 2022, pp. 221-234. ISSN 1136-4343.

Refranes músicos en Galdós

Por
Antonio
Gallego Gallego
*Real Academia de
Bellas Artes de San
Fernando, Madrid.
Real Academia de
Extremadura de las
Letras y las Artes,
Trujillo.
Exdirector de
Actividades
Culturales de la
Fundación Juan
March, Madrid.*

Don Benito Pérez Galdós fue muy buen músico aficionado, como es bien sabido, lo que se refleja bien en su obra literaria. Pero no deja de ser curioso y siempre me extrañó —ya lo afirmé en mi libro *Galdós en el Real* (Madrid, Teatro Real, 2020)— que, salvo algunas pocas excepciones, Galdós ha sido estudiado musicalmente más en su actividad crítica como periodista que en su mucho más importante carrera de narrador. Tengo ahora entre manos un extensísimo estudio con el título provisional de *Música y sonoridad en Galdós* en donde me he propuesto recoger las músicas que oyen, cantan o tañen los personajes de sus narraciones, tanto los históricos como los inventados por el escritor. El problema es que su obra narrativa es enorme y que habrá que ir poco a poco.

Entre las múltiples posibilidades de organizar la ingente obra narrativa de Galdós (46 novelas históricas o episodios nacionales, 22 novelas normales y unos 27 cuentos) he elegido la estructuración por las épocas en las que su acción transcurre, desde los últimos años del reinado de Carlos IV en los comienzos del siglo XIX hasta el inicio del siglo XX con el final de la Regencia de doña María Cristina. Por lo que he dividido mi estudio en siete grandes capítulos: 1º.- Época de Carlos IV y la Guerra de la Independencia: 10 años (1804-1813). 2º.- Fernando VI y su época: 19 años (1814-1833). 3º.- La época de Isabel II (a): 17 años (1833-1849). 4º.- La época de Isabel II (b): 18 años (1850-1868) 5º.- El Sexenio liberal: 6 años (1868-1874). 6º.- La Restauración de Alfonso XII: 11 años (1874-1885). Y 7º.- La Regencia de Doña María Cristina (Alfonso XIII): unos 17 años (1885-1902). La ordenación por las épocas en las que transcurre la acción de estos relatos, y no por las fechas en que Galdós los escribió (aunque el autor no ignora las evidentes diferencias entre ambas), tiene un interés complementario, pues nos proporciona una pretendida e interesante visión histórica.

En cada una de esas siete épocas, he estudiado la música que en ellas suena dividiéndolas en dos partes principales: *Músicas escuchadas* y *Músicas imaginadas*. Entre las primeras están las Músicas vocales con acompañamiento; b) Músicas vocales sin acompañamiento; c) Música instrumental; d) Bailes y saraos; e) Campanas y sus tañidos; f) Concierto infernal: Sinfonía discordante; y g) Músicas de la naturaleza. En la segunda parte, *Músicas imaginadas*, encontramos, h) Músicas pintadas, esculpidas o grabadas; i) Imágenes musicales y algunos términos técnicos; y j) Refranes, dichos y frases proverbiales musicales.

De la inmensa información musical que en ellas se contiene he recogido pues, ahora, solamente lo que nos dice sobre los refranes

relacionados con la música, que Galdós introduce en los relatos de todas sus siete épocas. Antes de enumerarlos, es conveniente saber lo que hace decir a uno de sus narradores cuando está describiendo la personalidad del duque del Parque, miembro ya del partido liberal exaltado; el cual no era mal tipo (*7 de julio*, 814-815), pero...

... “pero entre las muchas debilidades que le trajo aquel loco afán de llegar al Gobierno, tenía la de querer ser orador, y el orador como el poeta ha de nacer, pese al refrán que dice lo contrario y que se equivoca como casi todos los refranes.”

Aun así, equivocados o no, yo los he vuelto a recoger, pero no todos, pues son numerosísimos. En esta ocasión me han interesado sólo los que se relacionan con lo músico, que son una minoría... pero minoría muy abundante. Y los he colocado ahora por orden más o menos alfabético. Dado el tiempo que normalmente se nos concede para una conferencia, he tenido que limitarme a los refranes músicos, dichos y proverbios que aparecen en la primera de las épocas estudiadas, es decir, en la que transcurre entre los últimos años del reinado de Carlos y la Guerra de la Independencia. En otra ocasión abordaré las épocas siguientes, siempre a la espera de la conclusión final de mi estudio, que aún anda enfrascado en las dos últimas épocas aludidas.

Bailar el pelao

Quedar ocioso, sin hacer nada de provecho. La tropa, mientras esperaba la batalla de Bailén, baila, canta, juega... También eran constantes en el charlotear y en el discutir. Por ejemplo, hay quien no está de acuerdo en que lo herede todo el primogénito de cada casa, y los demás tengan que aprender a ganarse la vida (*Bailén*, 681):

“Pues yo que no he leído ningún libro —afirmó al fin uno de los circunstantes— digo que Dios tiene que volver a hacer el mundo, porque eso de que se lo lleve todo el que primero salió del vientre de la madre y los demás se queden bailando el pelao, no está bien.”

Al son que me tocan, bailo

Adaptarse a la situación. ‘Mano de Mortero’ afirma que el señor de Mañara es un traidor, aunque él no lo sabe con certeza (*Napoleón en Chamartín*, 116): “Lo dicen por ahí. A mí no me consta; pero al son que tocan bailo. Pues dicen que hay traidores, ¡abajo los traidores!”

Don Diego del Rumblar le está contando a Araceli que Santorcaz es ahora “jefe de la policía menuda, cuyo cargo desempeña a las mil maravillas.” Le critican mucho, pero él defiende que no hay mejor rey que José, y que los españoles son unos animales (*Napoleón en Chamartín*, 197-198):

“Esto al principio me enfadaba mucho, pero ya me he acostumbrado a oírse lo decir, y yo mismo, que era antes más español que Fernando VII, ya no doy dos higos por España y al son que me tocan bailo.”

El abad de lo que canta yanta

Disponer de autosuficiencia, y también de conformidad. El refrán viene, con variantes en *La Celestina* y en *El Quijote*. Lo dice el tío Genillo hablando a Martín Muriel de su hermano Pablillo, que ha huido de la casa del conde de Cerezuelo (*El audaz*, 593):

“Yo arriba y abajo con estas mulas, sin salir de pobre en treinta años. ¿Y qué remedio?... De esto vivimos, que el abad de lo que canta yanta.”

Ahora lo dice ‘Mano de Mortero’, a quien Pujitos acusa de no tomar fusil ni rogar por la libertad de nuestro amado Monarca; él le contesta que tomará diez fusiles y que quiere y reverencia al rey (*Napoleón en Chamartín*, 86): “Hijo, dame pan y llámame tonto, y como dijo el otro, el abad de lo que canta yanta.”

Si bien canta el cura, no le va en zaga el monaguillo

Alguien ha tenido un buen maestro, o le imita muy bien. Araceli está espiando a los franceses en Salamanca fingiéndose aldeano, y ensartando muchos refranes a la manera del pueblo; pero el francés Molichard, que conoce a Cipérez el Rico, comienza a sospechar, a lo que Gabriel responde tratando de despistar (*La batalla de los Arapiles*, 294): “Si bien canta el cura, no le va en zaga el monaguillo.”

Teólogo y con cascabeles

Variante negativa de *poner el cascabel al gato*, es decir, de *hacer algo con mucha dificultad*. Uno de los alojados en la casa de Santiago Fernández, el ‘Gran Capitán’, es don Roque, gran lector de semanarios. Ante sus comentarios a las noticias, Fernández echa de menos al P. Salmón para que le contestase con las “palabrillas que se usan en las disputas de los tiólogos”, ante lo que don Roque exclama: “—¡Teólogos a mí! ¡A mí teólogos y con cascabeles...!” (*Napoleón en Chamartín*, 21)

A cencerros tapados

Hacer algo de manera oculta, sigilosa. Hasta cuatro veces es utilizado por Galdós en esta primera aproximación a su obra. Martín Muriel es recomendado por el P. Jerónimo de Matamala a don Buenaventura Rotondo y Valdecabras (*El audaz*, 495): “Es persona, como te he dicho, modesta, pero de gran poder. Su nombre no resuena como el de otros; pero a cencerros tapados...”

El tío Genillo habla a Martín Muriel de su hermano Pablillo Muriel, que ha huido de la casa del conde de Cerezuelo por los malos tratos e insultos de la tía Colasa y del mayordomo don Lorenzo (*El audaz*, 592):

“Si el amo no tuviera la seseras cuajadas, ya vería las artimañas de ese hormiguilla. Como que, según dicen, al amo le ciega los ojos, y allá a cencerros tapados hace él su negocio.”

El anciano don Alonso y el viejo Marcial andan preparando su embarque a espaldas de doña Paquita, en vísperas de la acción de Gibraltar; aún no se clarean ante el narrador Gabrielito Araceli, pero el jovenzuelo no es tonto (*Trafalgar*, 39):

“y aunque no dijeron claramente su propósito, sin duda por estar yo delante, comprendí por algunas palabras sueltas que trataban de ponerlo en ejecución a cencerros tapados, marchándose de la casa lindamente una mañana, sin que mi ama lo advirtiese.”

Ahora lo dice el P. Salmón cuando le ofrece a Araceli el refugio de su convento al ser perseguido por los afrancesados (*Napoleón en Chamartín*, 157):

“Yo sé que andan por Madrid emisarios del Emperador que nos hacen la mamola a cencerros tapados para que le rindamos pleito homenaje y transijamos con él, [etc.]”

En menos que canta un gallo

Con rapidez, celeridad, en un decir amén. Es también un dicho muy utilizado por los narradores galdosianos. He aquí algunos ejemplos. Conversan don Anatolio y doña Ambrosia sobre el ‘arrepentimiento’ del príncipe Fernando una vez descubierto su complot de El Escorial (*La corte de Carlos IV*, 317):

“Bien claro es que [Napoleón] ya tiene decidido quitar del trono a los Reyes padres, para ponernos en él a nuestro Príncipe querido. Si... que no sabrá hacerlo en menos que canta un gallo el buen señor.”

Ahora estamos en Aranjuez, la noche en que las turbas asaltan el palacio de Godoy, y Lopito le dice a Gabrielillo Araceli que no se vaya a descansar, que aún falta lo mejor (*El 19 de marzo...*, 431): “Ya habrá visto el Rey si se puede o no se puede. Pónganos otra vez ministros malos y verá cómo en menos que canta un gallo los despabilamos.”

Volvemos a escuchárselo al ‘Gran Capitán’ Santiago Fernández, quien lleno de patriotismo considera que la guerra contra el francés que se está iniciando en España durará muy poco (*Bailén*, 594): “Aquellas sí que eran guerras, señores. Esto de ahora es una bobería; y si no, ya verán ustedes cómo en menos que canta un gallo se acaba todo.”

Estamos ahora a comienzos del segundo sitio de Zaragoza, y el narrador nos cuenta que los franceses están levantando la primera paralela, y que les hacen poco daño cuando los defensores les disparan sus morteros (*Zaragoza*, 272): “En cambio, si se les antojaba destacar guerrillas para un renacimiento, eran despachadas por las nuestras en menos que canta un gallo.”

Los franceses ya se han marchado de Madrid; Salvadorillo Monsalud, con el uniforme de jurado al servicio del francés, es atacado por la plebe y ha de echar mano al sable (*El equipaje del rey José*, 27): “Repartió de plano con seguro puño algunos golpes, y sin ser Papa creó gran número de cardenales en menos que canta un gallo.”

Levantar el gallo

Replicar, contestar. El Padre Salmón, en el claustro de la Trinidad Calzada, en la calle de Atocha, interviene en la disputa entre las mujeres, que quieren fusiles para la lucha, y Pujitos, que se los niega (*Napoleón en Chamartín*, 100): “Haya paz, y no me levante ninguna el gallo.”

Eso es música (celestial)

Palabras vacías, sin substancia. Doña Ambrosia de los Linos discute con el licenciado Lobo sobre las tropas francesas en España. Ella dice que meten mucho ruido, que parece que se quieren comer a los niños crudos, pero que ya les veremos correr cuando los españoles se les enfrenten. A lo que el licenciado Lobo, que cree que todo se arreglará cuando vuelvan a Madrid el Rey y el Emperador, le espeta: “Eso es música” (*El 19 de marzo...*, 496).

Otras veces podremos leer en este mismo sentido: “Eso es música celestial”.

Venirle a uno con músicas

Venirle con cuentos chinos, tratar de engañarle. Al ‘Gran Capitán’ tratan de persuadirle sobre dónde están en realidad los franceses contra quienes combaten: no están en Chamberí, sino hacia la Fuente Castellana (*Napoleón en Chamartín*, 133):

“—A mí que no me vengán con músicas —exclamó el Gran Capitán, preparando su arma—. Favorecidos de la niebla, esos miserables quieren engañarnos. Haré fuego mientras me quede un cartucho.”

También emplea expresión parecida Lord Gray cuando Gabriel Araceli le reprocha que esté chicleando con Asuncita Rumblar, lo que está perjudicando a otros como a su hermana, a su amiga Inés y a él mismo; a lo que el inglés le espeta (*Cádiz*, 845): “En fin, Araceli, ¿en qué viene a parar toda esa música?”

Basta de músicas

No más engaños, pasemos a otro tema. Montoria está reprochando al tío Candiola el precio que ha puesto a la ciudad sitiado por la harina que guarda en su almacén y justificando “el odio general que por esta vil conducta has merecido”, ante lo cual el usurero contesta: “Basta de músicas y déjenme en paz.” (*Zaragoza*, 310).

Dar música

Insultar, agredir verbalmente. Algunos anti absolutistas intentan agredir físicamente en Cádiz a diputados como Teneyro y Ostolaza, pero el gobernador Villavicencio se lo impide (*Cádiz*, 751): “Mas con la agudeza de sus silbidos y el mugir de sus insultos, fueron dando música a ambos personajes por largo trecho de la calle.”

Música o palabrillas vanas

Mostrar una actitud insuficiente. Salvador Monsalud quiere ser consecuente y le dice a su amigo Juan Bragas que se va de Madrid con las tropas francesas; cuando el de Pipaón comienza a denostar a los franchutes, su amigo le recuerda que su puesto en la covachuela se lo debía a los afrancesados, que había alabado por escrito a los franceses, y más aún (*El equipaje del rey José*, 23):

“Para que todo no fuera música y palabrillas vanas, te aplicaste al oficio de dar vítores y palmadas en la calle siempre que el rey [José] pasaba, y gritar: «¡Mueran los *madripáparos*!».”

En manos está el pandero que lo saben bien tañer

Saber hacer bien alguna cosa. Baltasar Cipérez el rico, que ayuda a Araceli para entrar disfrazado a espiar en la ciudad de Salamanca ocupada por los franceses, es amigo de refranes y los suelta uno detrás de otro; ahora le cuenta a Gabriel que él ha sido guerrillero con Julián Sánchez, que ha entrado muchas veces en la ciudad como

espía... (*La batalla de los Arapiles*, 287): “Mal oficio... pero en manos está el pandero que lo saben bien tañer.”

En salvo está el que repica

Quien antes actuaba está ahora a salvo. De nuevo Baltasar el rico alardea de refranes en su charla con Araceli; le cuenta que los aldeanos ya no trabajan en los fuertes de la ciudad de Salamanca, sino los vecinos, a quienes los ocupantes franceses obligan a ello, y que estos ahorcan a los pueblerinos si sospechan que son espías (*La batalla de los Arapiles*, 287):

“Que ahorquen. Al freír de los huevos lo verán, y a cada puerco le llega su San Martín... Por mí nada tema ahora, porque en salvo está el que repica.”

No tocar pito

No tener parte en el negocio. Don Lino y fray Jerónimo Matamala acompañan en Toledo a Susana Cerezuelo durante la conspiración antimonárquica de Martín Muriel, las cosas pintan mal y algunos de los levantiscos huyen. Uno de ellos exclama (*El audaz*, 833): “—Tira ese fusil, ¡mal rayo!..., y andemos despacio figurando que no hemos tocado pito en esto.”

Darle una solfa. / Solfearle

Dar un cachete, una paliza. Agustín Montoria le cuenta cosas a Araceli mientras esperan a batirse contra los franceses, y le habla del avaro tío Candiola y de su hija Mariquilla; Gabriel le pregunta

(*Zaragoza*, 254): “¿Y si cuando arroje la piedra a la ventana, sale el tío Candiola con un garrote y me da una solfa por hacerle chicoleos a su hija?”

De Zaragoza ahora pasamos a Gerona, donde contemplamos a los tres hermanos de Siseta tras una de sus travesuras bélicas; la moza, al oír lo que ha hecho el menor, Gasparó (*Gerona*, 469), “empezó a solfearle en cierta parte, encareciéndole con enérgicas palabras la conveniencia de que no tomase parte en las obras de fortificación.”

La cosa va a ser sonada

La cuestión dará que hablar, será muy conocida. El viejo marino don Alonso Gutiérrez de Cisniega trata de convencer a su mujer doña Francisca para poder regresar a los barcos en vísperas de la batalla de Trafalgar (*Trafalgar*, 172-173): “Necesito ir, Paquita. [...] De todos modos, la cosa va a ser sonada.”

Lo que fuere, sonará

Consecuencias de una situación. Don Celestino y Gabrielillo Araceli comentan en el Aranjuez de marzo de 1808 la invasión española por parte del ejército francés. Hay algunos, afirma Araceli, que creen que vienen a poner en el trono al príncipe Fernando: “Tontos, mentecatos, imbéciles”, exclama don Celestino, partidario de Godoy. Y Gabriel reitera (*El 19 de marzo...*, 175): “Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales plazas y fortalezas.”

Sin ton ni son

Sin motivo, ocasión o causa, o fuera de orden ni medida (DRAE). En la refriega que se arma entre chorizos y polacos durante el estreno de *El sí de las niñas* de Leandro Moratín en los Caños del Peral, a uno de los silbantes le hunden el sombrero de una puñada y le dejan sin visión; y es que no era un sombrero cualquiera, sino uno de tres picos (*La corte de Carlos IV*, 172),

“un sombrero tripico, de dimensiones harto mayores que las proporcionadas a su cabeza. [...] En esta actitud estuvo el infeliz manoteando un rato sin ton ni son, incapaz de sacar a luz su cabeza del tenebroso recinto en que había quedado sepultada.”

En el primer episodio de la segunda serie, *El equipaje del rey José*, Salvador Monsalud llega con las tropas francesas a la Puebla de Arganzón y, tras ver a su madre, se dispone a ver a su amada Generosa, también llamada Genara). Tras cerciorarse de que no hay curiosos ni rondadores, tira una piedrecilla con la única ventana de la casa que a la huerta daba (*El equipaje del rey José*, 55):

“Luego articuló hábilmente unos silbidos que parecían el canto de un pájaro nocturno; mas ninguna señal de la casa contestó a su extraña música hasta la tercera repetición.”

Trinar, estar trinando

Sucesión rápida de dos notas a distancia de tono o semitono / estar muy enfadado. Don Celestino tiene sus ideas políticas, y se las está argumentando a Gabrielillo Araceli y a su sobrina Inés en

el Aranjuez de 1808. Cuando llega el tema del ejército francés en España. Gabriel está de acuerdo, aunque no por las mismas causas (*El 19 de marzo...*, 375):

“Digan lo que quieran, estos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando: sobre todo hay que oír a los oficiales que vienen del Norte y han visto a los franceses en las plazas fuertes... le digo a usted que echan chispas.”

Parece que don Diego de Rumblar ya no se casa con la señorita Inés —les cuenta el tío Tinaja cuando Araceli y los suyos llegan a la casa familiar en Bailén, camino del sur— “por cuya razón mi ama está que trina.” (*Gerona*, 438).